

# Los Cuentos Extremeños

REVISTA ILUSTRADA

Se publica los días 8, 18 y 28.

EVA — Comedia  
de costumbres contem-  
poráneas, en tres ac-  
tos — original de  
Felipe Trigo — con  
ilustraciones de Ade-  
lardo Covarsí.



11285

LONDRES, 5 DE JULIO DE 1908.

20 cènts.

AÑO I.—NÚM. 1.

# Los Cuentos Extremeños

Redacción: Calvo Asensio, 9, 2.º  
Administración: Mediodía Grande, 11, pral.  
MADRID

Suscripción en España: Trimestre ..... 1,75 ptas.  
PAGO ADELANTADO

Para los anuncios, véase la Tarifa en la 3.ª plana.  
PAGO ADELANTADO

*En esta Revista colaborarán los extremeños, los que residan en Extremadura y los que tengan algunos vínculos contraídos con ella.*

## Nuestro propósito.

*Se desprende, ¿verdad?*

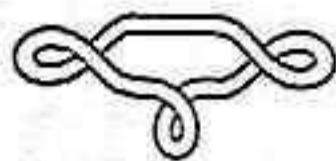
*Amamos mucho la patria chica. Nos interesan mucho también los extremeños; que el propio sol acarició un día, por igual, su niñez y la nuestra, nuestra juventud y la suya.*

*Traer las extremeñas palpitaciones artísticas á la corte—consagradora de toda reputación—venia constituyendo en nosotros una ansiedad de pesadilla. Para conseguirlo, hemos puesto á voluntaria contribución todas nuestras energías, todos nuestros entusiasmos y amores.*

*Cáceres y Badajoz vienen aprestándose, bizarramente,—en un resurgir bendito—á curar de sus anestesiadas, dormidas facultades. La juventud extremeña, pues, dispónese, viril, animosa, á aventar el áureo polvillo de sus soñadoras concepciones, á desgranar por los ámbitos las vibrantes notas de su lira arrinconada—notas que, en sus invisibles mecedores brazos, conducirán las ondas eólicas, con afañes de reivindicación, á otras regiones hermanas.*

*Nosotros, decididos, sin ajenos acicates, por nuestra única iniciativa, impulsados por un cariño regional sin límites, acometemos la árdua empresa, animados, eso sí, y mucho, por el despertar sacrosanto de Extremadura.*

*Lucharemos, que la lucha brinda encantos de atracción irresistible y es el yunque poderoso donde se forjan las almas de temple acerado.*



## PUBLICACIONES

*Arpegios*, por Ángel López y Ortiz de León, con prólogo de Enrique Real Magdaleno.—Colección de prosas y poesías, en que el joven escritor extremeño hace gala de su dominio de la rima y de su maestría en la confección de cuentos y crónicas.

*Selección*, por Juan Fernández y Martín-Mora.—El distinguido escritor trujillano, ha hecho una bonita novela sobre la base de los amores de una señorita de elevada familia con un modestísimo obrero. Es un libro conciso, sin retóricas ni florituras. Adornando un poco más el estilo, ganaría mucho nuestro estimado colaborador Sr. Mora.

*Mis crónicas*, por A. de Mirabal, con prólogo de J. López Prudencio.—El redactor de «Noticiero Extremeño» y querido colaborador nuestro, Manuel Sánchez Cuesta, es maestro en la crónica, género que domina perfectamente. Así, no es extraño que esta su colección de crónicas haya tenido un éxito grande, como era justo esperar.

## De Administración.

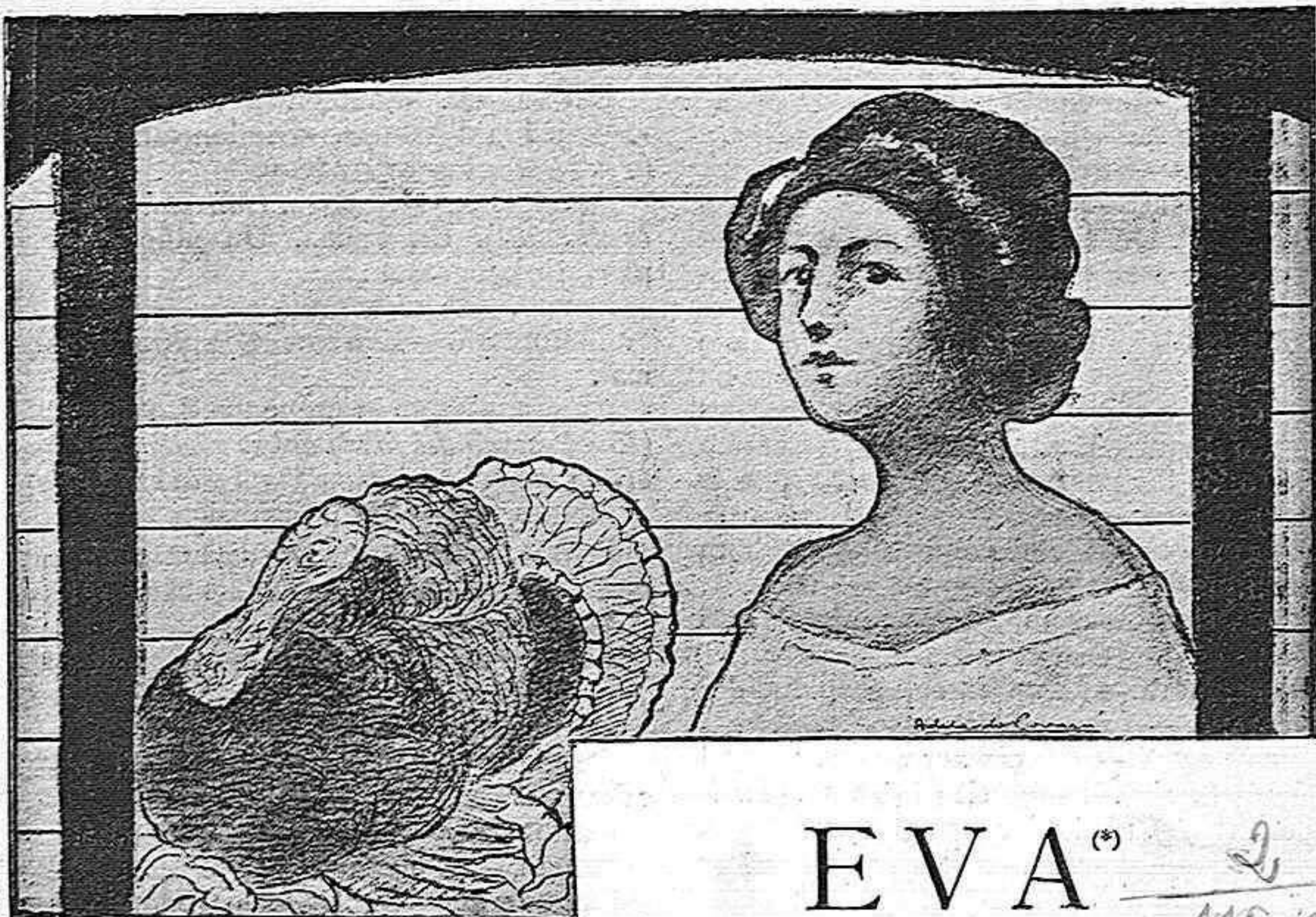
La no devolución de este primer número, no da carácter de suscriptor á quienes se lo remitimos.

Como la empresa que acometemos es muy costosa, se impone adelantar el pago. A este respecto, no serviremos más números sino á las personas que remitan el importe de un trimestre (1,75 pesetas).

Los señores anunciantes deberán realizar sus pagos después de la primera y antes de la segunda inserción.

Formas de enviar los fondos: por medio de carta-orden; por libranzas del Giro Mutuo; por libranzas de la Prensa, y como último recurso, en sellos de Correos de 10 y 15 céntimos. En este último caso, debe enviarse dos pesetas, pues tenemos que sufrir quebranto. No respondemos de extravíos.

Las personas de las capitales de Badajoz y Cáceres á quienes remitimos este número, no tienen que molestarse en enviar el importe de la suscripción, puesto que se les presentarán al cobro los oportunos recibos.



EVA<sup>(\*)</sup>

2  
1128

FELIPE TRIGO

PERSONAJES

EVA (**)	OSCAR.	PERIODISTA.
EMILIO.	RAFAEL.	LUCÍA.
ADELINA.	D. FRANCISCO.	CRIADO.

La escena en Madrid.



ACTO PRIMERO

Despacho elegante. Periódicos con los retratos de Carmen y Emilio en la mesa de lectura. Repartidos por la estancia, en caballetes, en zócalos y por las paredes, estatuas, coronas y otros objetos propios de los triunfos de un escritor. Sobre la «etagère», fotografías de Carmen y de Eva.

ESCENA PRIMERA

PERIODISTA.—CRIADO.

PERIODISTA.—(*Entrando presuroso y dirigiéndose al criado que alza la «portiere»*).  
¿Vendrá pronto?

CRIADO.—En seguida.

PERIODISTA.—Tengo prisa. (*Criado va á*

*retirarse*). ¡Ah, oye! Tú sabes de un banquete...

CRIADO.—Que esta noche se celebra.

PERIODISTA.—¿Aquí?

CRIADO.—No, señor.

PERIODISTA.—Digo abajo, en la redacción.

CRIADO.—En el «Hotel Inglés».

PERIODISTA.—¿Donde vive la señorita

(\*) Esta comedia, escrita en el año 1893, y aceptada por la compañía Tubau-Palencia en el teatro de la Princesa en 1898, fué retirada por su autor y no ha vuelto á ser presentada á teatro alguno.

(\*\*) Alma arrogantísima en una apariencia dulce y de sumisión al ambiente social; alma bravia, violenta...

Carmen Terrero? Pues ¿no lo da tu amo por el aniversario del periódico?

CRiado.—Lo da el teatro.

PERIODISTA.—¿En honor de tu amo?

CRiado.—Y de la señorita Carmen.

PERIODISTA.—¡Ya! (*Saca cartera para tomar notas*). Un empresario agradecido que banquetea á su actriz y á su autor favoritos. (*Escribe*).

CRiado.—La comedia de mi amo produjo un caudal. Dicen que es la mejor que se ha escrito hace tiempo. Hoy han publicado el retrato de mi señorito y el de doña Carmen casi todos los periódicos. (*Los señala en la mesa*).

PERIODISTA.—Incluso el mío. ¿A qué hora el banquete?

CRiado.—A la una, después de la función.

PERIODISTA.—(*Escribiendo*). ¿Espléndido?

CRiado.—Cien cubiertos.

PERIODISTA.—(*Repasa sus notas*). ¡Bravo! (*Yendo á salir*). No necesito á tu amo. (*Vuelve de pronto*). ¡Ah! ¿Conoces el *menú*?

CRiado.—El señorito. (*Sintiéndolo entrar por la izquierda*).

## ESCENA II

EMILIO. — PERIODISTA.

PERIODISTA.—¡Salud, hombre del día! Dos palabras para concluir.

EMILIO.—¡Hola! ¿Reportaje? (*Sale criado*).

PERIODISTA.—Á boca de jarro. (*Lee*). «Banquete Carmen Emilio Inglés despedida Empresa una noche...» Me falta el *menú*. Cuanto se relaciona con usted le importa al público. Venga.

EMILIO.—¡Qué plaga!

PERIODISTA.—No estar de moda. Y ¿cómo tan improvisado el banquete?

EMILIO.—Allá el anfitrión. (*Buscando en la mesa el «menú»*) Hace media hora yo mismo no sabía una palabra. (*Dictando mientras escribe veloz el periodista*). «Riz á la Régence».

PERIODISTA.—«Á la Régence». (*Repite la última palabra al escribirla*).

EMILIO.—«Cailles en Thimbale».

PERIODISTA.—«Thimbale». (*Entra foro criado*).

CRiado.—Señor: traen esto.

EMILIO.—Ponlo aquí. (*En la «etagère»*. Donde lo mira con viva curiosidad. *Sale criado*).

PERIODISTA.—Linda estatuilla. ¿Para Carmen?

EMILIO.—Sí. «Saumon á la Victoire»... «Filets á la d'Artois». «Dindoneaux rôtis». (*Vuelve á mirar la estatua*).

PERIODISTA.—«Rotis»... (*Mirando también la estatua*). Un hada... Un niño ciego... ¡Asunto peligroso!

EMILIO.—*Omni soit qui mal y pense*.

PERIODISTA.—Líbreme Dios de pensar mal.

EMILIO.—Ni yo lo prevengo. Lo dice ahí. (*En el escudo del fondo del sombrero que habrá dejado el periodista junto á la estatuilla*).

PERIODISTA.—¡Aaah! Siga, siga.

EMILIO.—(*Alejándose de la estatuilla con afectada indiferencia*). «Dindoneaux rôtis».

PERIODISTA.—¿Otra vez?

EMILIO.—«Salades russes». «Biscuit glacée».

PERIODISTA.—«Glacée».

EMILIO.—«Gateaux Carmen». El plato *ad hoc*.

PERIODISTA.—¡Oh, empresario simbólico!

EMILIO.—E ingenuo.

PERIODISTA.—Sí. Negocio redondo. La actriz más bonita entre todas las actrices

EMILIO.—La de más talento. (*Con viveza*)

PERIODISTA.—¿Rectificación?

EMILIO.—Adición.

PERIODISTA.—¡Ya!... ¿Vinos?

EMILIO.—«Chateau Margaux», «Jerez», «Chablis» y «Champagne frappé».

PERIODISTA.—(*Acaba de escribir*). ¿Nada más? (*Mira el reloj*).

EMILIO.—Nada más.

PERIODISTA.—¡Diablo! (*Escapa*). ¡Hasta luego!

EMILIO.—Hasta luego. (*Sale periodista foro*).

## ESCENA III

EMILIO.—EVA.

(*Emilio se sienta en la mesa—escritorio. Abre un libro y dispónese á trabajar*).

EVA.—(*Por la izquierda*). ¿Vas á tomar el café?

EMILIO.—Tengo que hacer.

EVA.—Pueden traerlo.

EMILIO.—No, si no lo quiero. Estoy... así, algo nervioso esta noche.

EVA.—(*Acercándose*). ¿Y te pones á trabajar?

EMILIO.—Un momento. (*Sin dejar de mirar el libro*).

EVA.—(*Apoyada en la mesa frente á él*).  
¿Qué lees?

EMILIO.—Es un mapa. (*Levanta la cabeza y dice después de ligera pausa*). Eva; déjame. Quiero buscar datos para un artículo.

EVA.—Trabaja. Yo no te estorbo. (*Se sienta en la butaca más próxima*).

EMILIO.—Me distraes, mujer.

EVA.—Si no hablo. No hagas caso de mí. Como si no estuviese. (*Coge un periódico que habrá sobre la «etagère» al a'cance de su brazo, y lo mira. Emilio toma notas. De pronto, Eva, que está viendo en el periódico los retratos de Emilio y Carmen, dice:*) Os sacan bien. No, y la Terrero es guapa. Desde que estrenó tu comedia, parece que formáis una razón social. No se te nombra sin nombrar á la Terrero; no publica una revista su retrato sin publicar el tuyo al lado, muy junto. Hasta en los escaparates no se concibe la fotografía del uno sin la de la otra, y se busca instintivamente como la estatua de Daoiz cuando se ve la de Velarde.

EMILIO.—¿Te molesta? (*Sin dejar el trabajo*).

EVA.—(*Mimosa*). En tal hábito de reunirse dijérase que hay una consagración de maridaje moral. Cuando las gentes me ven á tu lado, debo de parecerles, con respecto á ti, una extraña. (*Al dejar el periódico sobre la «etagère», ve la estatuilla y se levanta á mirarla*).

EMILIO.—(*Con insinuación más galante que cariñosa*). Ese maridaje es el de la fama. Al compararlo, has reconocido que no tiene sexo. Daoiz y Velarde.

EVA.—¿Qué grupo tan mono!

EMILIO.—Acaban de traerlo.

EVA.—¿Para mí? Hará bien con la Diana del tocador. De jaspe. (*Contemplándolo siempre*).

EMILIO.—Si lo quieres... Lo destinaba á la fiesta de esta noche.

EVA.—¿Para la Terrero?... Si hubiese otro igual... Es precioso.

EMILIO.—Encargaré otro para tí.

EVA.—¡Ah! ¿es hecho expresamente? (*Volviendo hacia Emilio*).

EMILIO.—Sí, pero vete, por Dios... (*Dulce ruego*).

EVA.—No lo olvides. (*Apoyada otra vez en la mesa*).

EMILIO.—Descuida, mujer. Anda, vete; acabo en cinco minutos. (*Impulsándola con la mano, é impaciente más que desabrido*).

EVA.—(*Resentida con dignidad*). Bien. Ya

me marchó. ¡Qué poco gusto tienes en estar á mi lado!

EMILIO.—Al contrario, Eva, sólo que...

EVA.—Ahora siempre hay ocupaciones más importantes que yo; de mucho más atractivo que mi conversación insulsa.

EMILIO.—¡Mujer!

EVA.—¿Qué artículo es ese de tan enorme interés?...

EMILIO.—Un asunto urgente, de actualidad...

EVA.—Ya lo creo. Y como ocurren tantas cosas cada día, nunca faltan *actualidades* cuya urgencia dispense á un periodista de atenciones con su mujer. Y más, si como tú, aunque no lo confieras, va incurriendo en la vulgaridad de creer que un matrimonio de cierta facha no debe tener nada que decirse.

EMILIO.—¿Piensas que creo eso? (*Rodeándola el brazo á la cintura y atrayéndola con cariño*).

EVA.—Te quisiera más mío aún, Emilio. ¡Será una tontería!... A veces...

EMILIO.—¿Qué?

EVA.—A veces... tengo celos.

EMILIO.—¿Celos? (*Alguna alarma*).

EVA.—Sí, Emilio.

EMILIO.—¿Por qué? ¿De quién?

EVA.—Celos, celos... ¡y si supieras cuánto sufro!

EMILIO.—En tí, que tienes talento, jamás creí que arraigaran sin motivo.

EVA.—Es que lo hay.

EMILIO.—¿Cuál?

EVA.—Tu imaginación. Tus locos sueños de triunfo. Seré yo, no lo niego, tu amor; pero tu pasión es la fama.

EMILIO.—¡Ah! (*Tranquilizándose y riendo*).

EVA.—La cual, á veces, se me presenta como una coqueta cuya sonrisa de afortunada rival me hiere tanto como me escarncen sus caprichos... (*Separándose con cierto disgusto hacia el centro de la escena*).

EMILIO.—¡Por Dios! Si interpretas así mi afición al trabajo...

EVA.—Te quiero atento á él, pero no absorto como estás por ambiciosos ideales. Desde hace algún tiempo siento bien tu frialdad, y de continuar así llegarás al abandono. (*Pausa*). Orgullosa te he mirado aquí, rodeado de coronas, de recuerdos, de trofeos de tus victorias. Y te juro que cuando tú trabajabas en esa mesa y yo entraba de puntillas como en una iglesia, temiendo ahuyentar con mi presencia los ángeles de tu

inspiración, esas estatuas, esas fotografías, esos laureles parecían decirme que me engañaba, que éste era mi templo y que no había otro ángel que yo para inspirarte. (*Cambia su dulce pena por franca amargura*). Ahora... no sé por qué me parece que esas fotografías se enojan, que me arrojan como una extraña esas estatuas.

OSCAR.—¿Se puede? (*En el foro*).

#### ESCENA IV

EVA. — EMILIO. — OSCAR.

EMILIO. — Pasa, pasa, Oscar.

(*Eva, cuya mano tendrá Emilio, se retira vivamente*).

OSCAR.— No, es que si no se puede... me largo.

EMILIO.—Vamos, hombre, entra.

OSCAR.—(*Entrando*). Ver y creer. Habrá que proclamarlo á voces. Diógenes no encontraba un hombre; yo, sin linterna, encuentro más: un matrimonio. ¡Cosa rara en nuestros tiempos!

EVA. — (*A Emilio que vuelve á su mesa*). El marido de la clase que te dije.

OSCAR. — ¿Primera ó segunda?

EVA.—No, la mejor: berlina.

OSCAR.—Conforme. Y si viera usted qué á gusto se marcha en una berlinita...

EVA. — No lo niego, pero le suplico que no invite á mi marido á ella. Puede que sea... ¿cómo diré!... de menos tono; pero va bien conmigo, á pie y despacio por el antiguo camino del cariño que no es el de hierro con exprés...

OSCAR. — Sino poético sendero con túnel de madreselvas. Cada cual viaja á su modo, está visto.

EVA.—(*Acordándose*). ¡Ah! ¿y por fin decides para esta madrugada tu viaje?

EMILIO.—Sí; he de ver al comprador mañana... Quiero ganar tiempo y salir desde la huerta para Sevilla el lunes.

(*Eva queda pensativa*).

OSCAR.—No sea que éste quiera trocar la senda por la vía férrea. (*A Eva. Emilio ya ligera muestra de inquietud*).

EVA.—(*A Emilio*). Pues sí; véndela á cualquier precio. La tengo horror. (*A Oscar*). ¿Decía usted?... ¡Oh, no hay cuidado, vecino! Es á nuestra huerta. Va en coche.

OSCAR.—Pero luego, en tren á Sevilla. Y se corre tanto una vez en...

EMILIO.—¿Qué hora es, Oscar? (*Interrumpiendo con viveza*).

OSCAR.—Las siete y media.

EMILIO. — (*A Eva*). Arréglate para el teatro.

EVA. — Sí. Es hora. (*Saliendo izquierda*). ¿Y Adelina? (*A Oscar*).

OSCAR.—Vistiéndose. Bajaré en seguida.

#### ESCENA V

EMILIO. — OSCAR.

EMILIO.—Eres indiscreto hasta el colmo. (*Preparándose á escribir*).

OSCAR.—¿Eh?

EMILIO.—Figúrate. Yo que estoy fingiendo indiferencia y aun fastidio por mi marcha á la huerta; yo que ni de estar solo con Eva soy capaz, porque no sé hablarla, porque todo mi pensamiento es para...

OSCAR.—Quizá tu viaje... ¡ah, diablo! La verdad es que estos viajes improvisados... y urgentísimos...

EMILIO. — Acude á tu experiencia.

OSCAR.—No es mi sistema. Lo he simplificado con mi mujer. Hago lo que me parece y...

EMILIO. — Calla, que me equivocas.

(*Oscar se retira tarareando y se tumba en el canapé*).

OSCAR.— Pero ya veo, ya veo que tienes á la tuya convencida, hasta la pared de enfrente, de que eres un modelo.

EMILIO. — Si alguna confía en su marido, es Eva. Achaca mi preocupación y mis distracciones... (*hojea el libro*) ¡pásmate, Oscar! (*escribe un poco*) á mi excesivo amor... al trabajo.

OSCAR.—Hijo, perdona la franqueza; pero ¡qué hipócrita eres!

EMILIO.—(*Tirando la pluma con displicencia y levantándose*). Dí más bien: «¡qué generoso!»

OSCAR. — ¡Je!... ¡Tiene chiste!

EMILIO. — ¡Pobres mujeres! Fatalmente condenadas al engaño en este juego del honor—prohibido como el monte y la ruleta, sin duda para añadirle atractivos— donde ellas siempre pierden y tenemos los hombres las ventajas del tahir, creo que aún cabe la generosidad en ocultárselo.

OSCAR.—¡Ah, sí! (*Con burla*). Olvidaba tu filosofía del porvenir, reformadora, medio socialista...

EMILIO.—Gracias á la cual, y á la inversa que tú, tengo descaros para el verdugo, es decir, para la sociedad, y compasión para la

víctima, es decir, para las mujeres, y en re-  
ellas la mía.

OSCAR. — ¡Compasión? ¡tú!

EMILIO. — Filosófica, Oscar; no te alarmes. Mi corazón se ha acostumbrado á las bajas y deja mi compasión estéril, infecunda. Yo seré quien sea por el pensamiento, mas por el corazón, soy como tú, como los demás: un miserable. Sólo me diferencio en la franqueza de reconocerlo.

OSCAR. — Y consecuencia de tu dialéctica: ni hay tal comprador, ni tal viaje á la huerta, ni...

EMILIO. — A la huerta sí; (*bajando la voz*) ¡con ella!

OSCAR. — ¿Con quién? ¡Con tu mujer! (*Emilio mueve la cabeza sonriendo*). ¿Con...?

EMILIO. — Con Carmen. (*Ligera pausa de asombro en Oscar*). ¡Con mi adorada Carmi-  
na!... Allí, solos, tres días. (*Apasionado*). ¡Todo un sueño!

OSCAR. — ¡Chico, chico!

EMILIO. — ¡Tres días para mi Carmen!... Después del banquete, embriagada aún por la tempestad de aplausos que el público nos prepara, descansará en mis brazos volando hacia aquel nido de delicias.

OSCAR. — (*Con envidia y como festivamente maravillado*). Feliz mortal... ¿Y dices bien: volando. ¡Una fuga del autor y de la actriz que mutuamente se han hecho célebres, y á quienes del templo del arte arrebató el amor desplegando sus alas en el silencio de la noche! ¡Oh! ¡Casi empiezo, Emilio, á entender lo que es poesía!

EMILIO. — Comprenderás que debo estar loco por esa chiquilla.

OSCAR. — (*Mirándola en un periódico*). Por esta linda pieza, rubia como un ángel de Dios, tímida como una colegiala, y que ni siquiera ha esperado á tener marido para escoger amante.

EMILIO. — ¡Bah! Tú, ni esa cáfila de gomosos que intentaron deslumbrarla con su dinero, no la conocéis. Cayó en mis brazos con la voluntad deshecha por el amor más puro. (*Exaltado*).

OSCAR. — El caso es que con muchísimo arte y retemuchísima filosofía... reformadora, te llevas una muchacha que vale un Perú... Digo, lo de llevarla á tu huerta, tan cerca de Madrid, es lo que no...

EMILIO. — El lugar más seguro. Eva quiere venderla, porque la odia desde que allí murió nuestro bebé; no la visitaría aunque la tuviéramos cien años. Si no fuera así...

Tiene Eva un carácter que me asusta.

OSCAR. — Pues mirá, no confíes tanto en la fe de tu mujer. Pienso que empieza á sospechar que alguien le quita tu cariño, según ciertas bromitas que á la mía le he escuchado.

EMILIO. — No lo creas. Su rival—me lo ha dicho,—es mi fama.

## ESCENA VI

EMILIO.—OSCAR.—RAFAEL (*foro*).

RAFAEL. — ¡Caballeros! (*Muy elegante*).

OSCAR. — ¡Carísimo Rafael!

EMILIO. — ¡Doctor amigo!

RAFAEL. — (*Dejando la chistera y el bastón*). Se les saluda.

OSCAR. — ¡Bien hará ocho días que no viene!

EMILIO. — Y hoy no viene. Le llaman.

RAFAEL. — En efecto. Tu tío.

OSCAR. — ¿Qué es de su vida?

RAFAEL. — Nada... Este Madrid... ¡Los enfermos!...

OSCAR. — Los enfermos ¿ó las enfermas?

EMILIO. — El médico de moda. Famoso especialista en enfermedades de la mujer.

OSCAR. — En... achaques de la mujer.

RAFAEL. — Neurópata: escuela moderna; explorador audaz de los misterios nerviosos. Eso de los *achaques* hay quien se lo achaca á usted. (*A Oscar*).

OSCAR. — Apolo con levita, metido á doctor. Cura con elixir de ambrosía, manjar de las diosas, nueve veces más dulce que la miel, según cuentan.

RAFAEL. — Apostaba á que lo sabe usted por alguna Venus del cuerpo de coros. (*Dándole palmaditas cariñosas*). ¿Y Adelina? ¿Y Eva? ¿Vistiéndose para el Teatro?...

EMILIO. — ¿Tú vas también?

RAFAEL. — No queda un billete.

OSCAR. — Se han pagado butacas á doce duros y á más.

RAFAEL. — Lo que puede un autor de agallas. (*Emilio se inclina*).

EMILIO. — Ve á nuestro palco.

RAFAEL. — Aceptado. Faltar sería un crimen. ¡La obra famosa y la actriz del siglo! Dicen que se nos casa con no sé qué gran príncipe extranjero. (*Con cierta ironía, aludiendo á su altivez*).

EMILIO. — Cuando menos, se muestra altiva como una princesa.

RAFAEL. — Pudor de cálculo. La niña sabe cuánto vale. He aquí el secreto.

EMILIO. — (*Con imperceptible ironía.*) Doctor, hay mujeres honradas: ese es el mal con hombres como nosotros.

RAFAEL. — ¡Pues empecemos á ser honrados!

EMILIO. — Ó que empiecen ellas á dejar de serlo. Es lo mismo.

OSCAR. — ¡Que no te oiga la mía!

EMILIO. — ¡Egoísta!

OSCAR. — Como tú.

EMILIO. — ¡Quién sabe! Acompáñame abajo. Ahí te dejamos; no tardará mi tío. (*Á Rafael.*)

OSCAR. — Adiós, doctor... Tenorio.

RAFAEL. — ¿Tenorio?

OSCAR. — Por lo que conquista y por lo que... mata.

RAFAEL. — ¡Aaah!

## ESCENA VII

RAFAEL. — EVA (*cuando se marca*).

RAFAEL. — (*Mira distraidamente los retratos de la «etágere», de los que había quedado cerca. En cuanto sea posible dará á entender por el gesto que contempla uno de Carmen. En seguida ve otro de Eva, lo coge, lo contempla con pasión y lo besa. Oye que se acerca alguien, y suelta el retrato, yendo á disimular tumbándose en una poltrona cuyo alto respaldar le oculta de la puerta de la izquierda.*)

EVA. — (*Aparece por la izquierda, mirando al levantar la colgadura, porque el silencio hácela creer que no haya nadie.*) ¿Emilio?

RAFAEL. — (*Aparte, sorprendido y sin moverse.*) ¡Ella!

EVA. — (*Repara en la butaca y cree que Rafael es Emilio. Avanza un poco y se mira el vestido. Rafael hace algún leve movimiento que percibirá Eva. Esta se acerca á la butaca sin mirarla, muy ocupada en ponerse bien algún adorno del pecho, mientras anda; después posará una mano distraidamente en el hombro de Rafael.*) ¿Qué haces? (*Rafael le coge rápidamente la mano y se la besa.*)

RAFAEL. — ¡Eva mía!

EVA. — ¡Oh! (*Horrorizada.*) ¡Tú!... ¿Eras tú?

RAFAEL. — Yo, perdóname. (*Levantándose.*)

EVA. — ¿Y por qué estás aquí? (*Frotándose la mano nerviosamente, como si quisiera borrar el beso.*)

RAFAEL. — ¡Te quemaron mis labios!

EVA. — ¡Oh! (*Como un rugido y sufriendo una sacudida al oírlo.*)

RAFAEL. — Ya ves que no he sido yo, ha

sido la fatalidad. (*Con la sonrisita insolente y el aplomo del hombre de mundo.*)

EVA. — ¡Traidor! ¡Cobarde! ¡Cobarde! (*Transición á la indiferencia altiva.*) ¡Te desprecio! Sí, desde ahora mismo te desprecio... Dí por qué estás aquí.

RAFAEL. — A pesar mío. Aunque obedecerte me hubiese costado morir, no habría intentado volver á tu casa.

EVA. — Entonces, ¿á qué vienes?

RAFAEL. — Tu tío que me necesita, y me llama. Una de sus obras de caridad. Ya ves ¿qué culpa tengo yo luego de que Dios ó el diablo hayan traído tu mano á mi boca, nido de besos para tu imagen?...

EVA. — Basta. En adelante, si no quieres obligarme al escándalo, no vuelvas aquí; por segunda vez te lo prohibo. (*Va á salir por la derecha.*)

RAFAEL. — (*Fingiendo dolorosa resignación.*) ¡Eva!... ¡Un momento! ¡Se trata de tí misma! (*Se detiene Eva en la puerta.*) No prometo que te olvidaré, porque es imposible; pero sí que esconderé mis penas eternamente si ablandas el rigor de esa prohibición severa, y...

EVA. — ¡Bah!

RAFAEL. — Y grandemente importuna. (*Depresa para que le escuche.*) Piensa que si ya extrañaba mi ausencia de ocho días, chocará á todo el mundo mi definitivo alejamiento de vosotros...

EVA. — ¡Importa nada!

RAFAEL. — Y que se buscará la causa, que, dada nuestra amistad, no podría ser sino muy grave... Y que en estos casos la malicia hace perder á las mujeres con razón ó sin ella.

EVA. — (*Dolorida.*) ¡La opinión! ¿Tan infame como tú?

RAFAEL. — Para el mundo es preciso que seamos los amigos de siempre... Sobre todo para tu marido, para tu tío...

EVA. — (*Que siente llegar á D. Francisco por la misma puerta donde ella está.*) ¡Silencio!

## ESCENA VIII

EVA. — RAFAEL. — D. FRANCISCO (*derecha*).

D. FRANCISCO. — (*Trae sombrero y bastón.*) Vaya, sobrina; ahí tienes al desertor. Le habrás reñido, ¿eh?

RAFAEL. — Buenas noches, D. Francisco.

EVA. — Sí, precisamente le reprendía... su abandono.



D. FRANCISCO. — ¡Canario con Rafaelito! Siempre igual! Cuando chiquillo, estabas á lo mejor un mes sin parecer por casa; pero si ibas, no había títere con cabeza gracias á tus volantes y tus peonzas... Por cierto que una vez, en un tris que no saltas un ojo á Eva... Todavía conserva un poquitín la señal. (*La indica en la cara de Eva*).

RAFAEL. — Por fortuna ya no juego al volante.

EVA. — Por desgracia. Los juegos de los niños grandes son peores.

D. FRANCISCO. — Mira, Rafaelito: te llamo para que veas conmigo á una enferma á quien ayudaremos, tú con tu ciencia y yo con mi buena voluntad.

RAFAEL. — A sus órdenes.

D. FRANCISCO. — Vive cerca. En seguida. Está grave.

RAFAEL. — Cuando guste.

D. FRANCISCO. — Pues en marcha. Y dispéname, doctorcito; Dios, que es mejor pagador que lo que tú piensas, saldará contigo estas molestias que te causó (*Van á salir*).

### ESCENA IX

EVA. — RAFAEL. — D. FRANCISCO.  
ADELINA (*foro*).

ADELINA. — Muy buenas noches. (*Vestida para el teatro*).

D. FRANCISCO. — Adiós, vecinita. Ahí dejamos á usted.

RAFAEL. — A los pies de usted, Adelina. Ya ví á Oscar. Hasta luego: Tendré el gusto de ir con ustedes al teatro.

EVA. — ¿Eh? (*Involuntariamente*).

ADELINA. — Lo celebro [*(Poniéndose un guante*

RAFAEL. — (*Con intención para Eva*). Emilio me ha invitado al palco.

ADELINA. — Pues hasta luego.

RAFAEL. — (*Á Eva, al pasar*). ¡Amigos en apariencia! ¡No lo olvides! (*Salen foro*).

### ESCENA X

EVA. — ADELINA.

(*Eva se sienta con tristeza*).

ADELINA. — (*Muy atareada en abrocharse el guante*). ¿Has visto Oscar? Treinta horas

por ahí. Llegó al alba. Ni le veo ni le oigo. Te aseguro, Eva, te aseguro que sólo con esta paciencia que Dios me dió puede una sufrirlo. (*Se fija en ella*). ¿Qué tienes? ¿Estás enojada?

EVA. — No, es que...

ADELINA. — ¿Qué te pasa, dí?

EVA. — Nada, no es nada... Los nervios. Quizá el corsé me oprime; sentí de pronto una molestia... pero ya pasó.

ADELINA. — ¡Maldito corsé! ¡Es la cárcel



de seda á que los hombres condenan nuestro pecho! ¡Claro! Les gustamos así, oprimitas, en un puño. Y siquiera tu marido lo merece, pero el mío... (*Se encuentra cerca de la estatuilla y la coge*). ¡Calla! ¡Qué linda! La has comprado... ¿gusto tuyo?

EVA. — De Emilio.

ADELINA. — Un amorcillo... una ninfa que un niño ciego conduce. Por su faz inspirada.

(*exageración de énfasis*) y por la delgada transparencia de su cuerpo, dijérase el alma, el ideal... Explicámelo. Él te habrá descifrado esto.

EVA. — Á ver. (*Va, picada de curiosidad, á examinar la estatua*).

ADELINA. — El alma arrebatada por el amor. ¿Acerté? (*La deja sobre la mesa y la sigue contemplando Eva reflexivamente*). Un sentidísimo obsequio. Una verdadera galantería de tu marido, del poeta, del romántico. Dichosa tú á quien Emilio no ha puesto á la moda de los matrimonios frívolos, en que el buen tono suple al cariño, en que la etiqueta destierra á los sentimientos dulces y á los arranques del corazón...

EVA. — (*Se acerca á Adelina con marcada preocupación*). De modo... que tú crees que aquéllo significa...



ADELINA. — ¿Quién lo duda? ¡Hija, no soy tan torpe! ¡Una mimosería; un beso que en la punta de los dedos te echa Emilio, y que se queda ahí, siempre, cerca de ti, cuajado en figurilla de jaspe!

EVA. — Y ¿por qué no simple adorno? (*Brusca*).

ADELINA. — Escogido para tí, harías mal no tomándolo como delicadísimo é intencionado regalo. (*Movimiento de Eva*). ¿Te disgusta? ¡Qué rara!... Está bien, sea: un *biblot*, un juguete.

EVA. — Y acaso tienes razón. (*Reflexiona*).

ADELINA. — ¡Ya lo creo que la tengo!

EVA. — Pues si la tienes... (*Con nerviosidad, de que se contiene en seguida*).

ADELINA. — ¿Qué?

EVA. — No, no; que no quiero que la tengas... Me haces pensar, ¡Dios mío!, unas cosas tan malas, tan imposibles...

ADELINA. — No comprendo.

EVA. — Sí, Adelina; si esa estatuilla fuera... lo que me has dicho... Entoncés... entoncés...

ADELINA. — ¿Qué? Habla.

EVA. — De algún tiempo á acá, tú me has visto cambiar, hacerme recelosa, tener miedos instintivos, ni más ni menos que si en el aire que respiro hubiese venenos invisibles. Todo un mundo de celos sin forma, de estremecimientos pueriles, como de recuerdos de malos sueños; pues bien: si, como tú has dicho, está condensado en esa piedra un beso de amor, en la mujer que ha de recibirlo debo ver condensados mis celos. Porque esa estatua es para la Carmen Terrero.

ADELINA. — ¿La cómica?

EVA. — El regalo que esta noche le dedica Emilio.

ADELINA. — ¡Ah! (*Reponiéndose de la sorpresa*). ¡Es que siendo así, ya cambia!

EVA. — ¡Claro que cambia!

ADELINA. — No tiene importancia.

EVA. — ¿Que no? Mucha, mucha...

ADELINA. — No. Es el adorno, el *biblot* insubstancial (*sin creer del todo lo que dice*), tomado al acaso ó elegido por su artístico conjunto. ¿Qué tiene de particular, entonces?

EVA. — ¡Quizás nada! ¡Ojalá! Pero, Adelina, ese grupo está *construido expresamente*; es un encargo, un pensamiento, tal vez, de Emilio, dedicado á una mujer que no es la suya y en que... ¡el Amor entra no sé por qué causa!

ADELINA. — Oh, sí que te has vuelto suspicaz! Diríase que has perdido la confianza en Emilio.

EVA. — No lo sé. No sé qué pueda haberme hecho dudar de él. Acaso el desengaño que he visto de pronto en una amistad de la niñez, y que ha vertido en mí la duda para todos los cariños, hasta el de mi marido.

ADELINA. — ¿Un desengaño?

EVA. — Sí. No puedo hablar de él, me molesta. Para tí que has hecho la vida de Madrid, que tienes el hábito de la sociedad, un desengaño es cosa de encogerse de hombros. Para mí, para esta especie de salvaje del cariño, que vino ayer, puede decirse,

de una aldea, del hogar donde su madre hacía culto de mil cosas aquí ridículas, un desengaño es horrible. Así doy mi alma y así quiero la de Emilio: entera.

ADELINA. — Así la tienes.

EVA. — Quiero suponerlo; pero ya me enojaba esa amistad de Emilio con la Carmen Terrero, y tú aumentas mis dudas con lo que me has hecho notar en esas figuras malditas.

ADELINA. — Cavilaciones, Eva. Tu marido es un artista. Ese regalo no debe ser otra cosa que una aspiración de originalidad.

EVA. — Pero á esa mujer, cuya fama ha hecho, con quien habla todos los días, que es tan ligera acaso como todas las del teatro, joven, linda...

ADELINA. — Se dice que es una virtud. El mal nombre de las actrices es una tradición que viene de tiempos antiguos... Y, además, ¡vaya una hora para fijarte en ella: cuando se marcha! He leído no sé dónde que sale para Sevilla en seguida.

EVA. — ¡Para Sevilla! ¿Cuándo? (*Sorpresa*).

ADELINA. — Esta noche ó mañana. Allí estará todo el verano, y después, Dios sabe. De manera que aunque te obstines en creer que ese *niño vendado* deba producir efectos, hay por medio tiempo de sobra.

EVA. — (*Muy seria*). Emilio va también á Sevilla.

ADELINA. — ¡Cómo?

EVA. — (*Sintiendo llegar*). Ahí viene. Déjame sola con él. (*La empuja por la puerta izquierda*).

## ESCENA XI

EVA. — EMILIO. — CRIADO (*cuando se marca*).

(*Eva ha pasado á la izquierda y Emilio entra por el foro, sin verla, yendo á su mesa por un papel que busca*).

EMILIO. — (*Advirtiéndola al volverse para salir*). No te había visto... ¡Ah, qué guapa! ¿El traje que te acabaron hoy?

EVA. — Sí. ¿Te agrada? (*Disimulando*).

EMILIO. — Elegantísimo.

EVA. — ¿Me hace bien?

EMILIO. — Le haces bien. Para tí no hay adorno posible. (*Va á salir*).

EVA. — ¿Tienes prisa?

EMILIO. — Me esperan en la imprenta. ¿Querías algo?

EVA. — (*Vacilando*). No.

EMILIO. — Adiós.

EVA. — Oye, Emilio.

EMILIO. — ¿Qué?

EVA. — Ven. (*Se sienta ella*). Siéntate.

EMILIO. — Volveré si te place. Me aguardan.

EVA. — Un momento. Espera.

EMILIO. — Vamos, dí. (*Se acerca y se sienta. — Pausa*). Estás guapa. ¡Qué encarnada!... Muy bien para el teatro. ¿Es natural?

EVA. — Es natural. Yo no me pinto, bien lo sabes. Es decir, es natural... y no debía serlo.

EMILIO. — Pues no te entiendo.

EVA. — ¿Á tí te gustaría que me pintase?... ¿Como las cómicas?

EMILIO. — No creas, hay veces que conviene. Así, discretamente, un poco subrayados los ojos, un poco de animación en los labios... La mucha luz del teatro y la distancia comen el color. Pero tú no lo necesitas... ¿Qué hacías sola?

EVA. — Nada, entré... (*Pausa*). ¿Conque esta madrugada marchas á...?

EMILIO. — Sí.

EVA. — ¿Y luego á Sevilla...?

EMILIO. — Sí. ¿Por qué lo preguntas?

EVA. — La compañía de la Comedia ¿va á Sevilla también?

EMILIO. — Contratada para el teatro San Fernando.

EVA. — ¿Harán tu comedia?

EMILIO. — Sí.

EVA. — Salen mañana, creo?

EMILIO. — La semana que viene. Cuando empiezan las fiestas.

EVA. — De modo que tú volverás de Sevilla antes... antes que lleguen. Y vas... sólo?

EMILIO. — ¡Claro! (*Muestra recelo*).

EVA. — ¿Nadie irá contigo? (*Observándole*).

EMILIO. — Nadie. (*Pausa ligera*). ¿Qué tienes, Eva? Hay en tu acento algo que en vano quieres disimular...

EVA. — Pues no.

EMILIO. — Sé franca conmigo.

EVA. — (*Repentinamente, como para ver el efecto*). Tú no harás solo el viaje.

EMILIO. (*Dominiándose*). ¿Eh? ¿Que no iré solo? (*Disimulando mucho*). ¿Quizá quieres tú venir?

EVA. — (*Titubea engañada por la aparente sinceridad de Emilio*). ¿Te desagradaría llevarme?

EMILIO. — Si lo deseas... Si tú lo deseas... (*Visiblemente contrariado*).

EVA. — (*Insistiendo*). Cuestión de una maleta más. Eso se arregla en un vuelo.

EMILIO. — ¡Ah! bien, bien... pero... No hay

nada más que hablar; dentro de tres días vuelvo desde la huerta y nos marcharemos. (*Vacila*). Sí, decididamente, dentro de tres días... (*Como calculando fechas*). Eso es.

EVA.—(*Acosándole*). No, esta noche. Á la huerta también. ¿Te estorbo acaso?

EMILIO.—(*Con rapidez*). Al revés, me alegro. Yo, la verdad, nada te dije porque no te suponía deseos de ir... ¡Como el empeño de venderla es tuyo!...

EVA.—Desde que allí murió nuestro hijo formé el propósito de no volver... pero ¿qué quieres?... tiene para mí la melancolía de los recuerdos tristes y la dulzura de gratos recuerdos... Allí también pasamos nuestra luna de miel.

EMILIO.—Es cierto.

EVA.—Por eso, antes de abandonar aquellos lugares, donde hay gastado en dolor y en dicha tanto de mi corazón, los vería por última vez si me sintiera con ánimo. (*Indagadora*). Qué te parece, ¿debo ó no debo ir? Haré lo que tú quieras.

EMILIO.—(*Comprendiendo las sospechas de ella*). Pues sí, ven. Y, otra cosa mejor: decidida á vencer tu repulsión infundada, telegrafiaré al comprador que desisto de la venta.

EVA.—¡Cómo!

EMILIO.—Esperamos hasta mañana para arreglar cómodamente el viaje, y luego, en vez de tres días, pasamos allá un mes.

EVA.—¿Eh?

EMILIO.—Nada. La primavera empieza espléndida. La pasamos tú y yo en la huerta, y vamos ó no vamos á Sevilla, según prefieras. Yo estoy desde ahora mismo á tu disposición.

EVA.—¡Ay, no sé qué decidir!

EMILIO.—Precisamente si por algo lo sentía era por quedarnos sin un sitio de recreo tan hermoso. Además, no dan por él lo que vale. Anímate. Cuestión de una oleada de pesar los días primeros... En cambio, allí, entregado á tí por completo mi pensamiento, iré disipando tus celos.

EVA.—¿Qué celos? (*Sobresaltada*).

EMILIO.—(*Sonriendo*). Los de esa fama coquetuela y voluntariosa que...

EVA.—¡Oh, sí!

(*El criado, por el foro, con una bandeja de plata*).

CRIADO.—Señor.

EMILIO.—¿Qué hay?

CRIADO.—Es la hora de llevar el encargo.

EMILIO.—Entra. (*Se levanta y va á colocar*

*la estatuilla en la bandeja, pero ae pronto se acerca á Eva*). ¡Ah, tú la querías! ¿Es bonita, verdad?... (*La coloca sobre la chimenea*). Para tí. (*Al criado*). Coge aquel jockey que hay en el gabinete y llévalo.

EVA.—No, no; atiende. (*Al criado que va á retirarse*). Espera. Que lleve esa.

EMILIO.—¿No la querías?... Vale doble.

EVA.—Pero cuando la has encargado expresamente para ella...

EMILIO.—No importa... Es un capricho de Terol, que me la regala. Copia de su estatua grande de la Exposición. Terol se marcha á Biarritz y, ya ves, no podría encargarle la tuya. (*Al criado*). Anda, la del gabinete.

EVA.—(¡Le ofendí con mis dudas!)

EMILIO.—Conque, trato hecho. Telegrafío y... (*va á salir*).

EVA.—No, Emilio. No me atrevo. Ve solo y véndela. En otra ocasión me llevarás á Sevilla.

EMILIO.—Pero, mujer... (¡la vencí!) sé valiente. Yo tengo la seguridad de que si en vez de salir en seguida de allá cuando ocurrió la desgracia, esperas... te acostumbras á tu pena y...

EVA.—Resueltamente, no voy.

EMILIO.—¿De modo que la vendo?

EVA.—Sí.

EMILIO.—Piénsalo.

EVA.—Está pensado.

EMILIO.—(¡Pobre ángel!). Como gustes. (*Sale*).

## ESCENA XII

EVA.—ADELINA (*ésta entra*).

ADELINA.—Vaya. ¿Te convences? ¿Ves cómo yo tenía razón?

EVA.—La sinceridad que he visto en Emilio, no puede fingirse, Adelina, á menos de tener el alma avezada á la impostura. Parece que ha tratado de borrar mis inquietudes como si hubiese podido ir leyendo en mi pensamiento. Y, sin embargo, aún tengo odio á ese retrato. Aún, á pesar mío, me queda el escozor de si cuanto acabo de oír y ver no será más habilidoso que sincero. Pero debo creerle.

ADELINA.—Tú, la duda; yo, la certeza, con Oscar... y de puro acostumbrada á ella no la siento. Yo, aunque vea lo que vea, no importuno ya á mi marido con una pregunta siquiera. ¿A qué?

EVA. — ¡Sería como tú de buena gana! ¡Qué calma!

ADELINA. — La de la muerte de la ilusión.

EVA. — ¡Ah! ¿No quieres á Oscar? (*Sorpre-  
sa y disgusto*).

ADELINA. — Sí le quiero... como un herma-  
no; como... á... como dicen que se debe que-  
rer á un marido.

EVA. — Expícate.

ADELINA. — No; si yo tampoco lo entien-  
do... Pero... lo dicen. Dicen que el matrimo-  
nio debe ser así, una especie de contrato...  
del cual la mujer recibe ¡no sé!... la repre-  
sentación que da el marido... Por ejemplo;  
yo, soltera, no sería nadie; y desde que me  
casé, soy la *señora de Manzano*, y tengo casa,  
criados, etcétera... ¡Ah! y, además, tengo la  
obligación de guardar el honor de mi mari-  
do, por lo cual puede campar á sus anchas  
sin el estorbo del honor, que conserva de  
este modo tan guardadito y flamante...

EVA. — Y, así, así, en broma, veo que has  
ido aceptando esas teorías.

ADELINA. — Son las del mundo, hija. Son  
las más admitidas acerca de la moralidad  
del matrimonio.

EVA. — De la infamia del matrimonio.

ADELINA. — Como quieras. Pero ya com-  
prenderás que no soy yo la llamada á redi-  
mir esta infamia. Con esta cabecita de pája-  
ro que tú dices que tengo, bastante hago  
aguantándome y cantando mis penas como  
una loca en mi jaula dorada. Y, alma se ne-  
cesita, porque vosotras las que tenéis mari-  
dos que os cuidan y enamoran, que os tienen  
siempre á un lado el alpiste y al otro el  
agua, ignoráis el peligro en que ponen á sus  
pajaritas los maridos como el mío, pues  
otros pájaros acuden furtivos hasta la jaula  
abandonada entonando sus cantos de amor.  
No habría sino querer torcer con el piquito  
los alambres y tender el vuelo.

EVA. — (*Bromeando como quien a fablemen-  
te aconseja*). Sólo que tú no querrás nunca,  
querida mía.

ADELINA. — Pero si vieses lo que es no  
poder librarse de la obsesión... no poder  
alejarse de tu oído esos cantos seductores...

EVA. — La virtud los aleja. Mostrarla con  
severidad es alejar los cantos para siempre.

ADELINA. — Por la virtud se resisten. Pero  
no sirve para esquivarlos. Más que la pro-  
pia virtud, guarda á la mujer la honradez in-  
tachable del marido; y cuando ésta falta,  
nuestra virtud no es sino un incentivo más  
para la codicia ajena. En el hombre la se-

ducción es un hábito, un poco de lástima  
hacia la belleza despreciada, y ya tienes el  
principio del amor criminal hacia la esposa  
en los amigos del libertino. Porque es un  
poderoso argumento que te puedan decir:  
«Sé infiel al infiel».

EVA. — (*Muy preocupada y hablando vaga-  
mente*). Lástima... Los amigos... Un argu-  
mento poderoso... (*Se cubre los ojos con el  
pañuelo inclinando la cabeza sobre la mano*).

ADELINA. — (*Sin reparar en la preocupa-  
ción de Eva*). Son nuestros barómetros de la  
fidelidad marital. El día en que ellos supie-  
sen que tu marido enamoraba á otra, ellos  
se dedicarían á enamorarte.

EVA. — (*Levantándose con violencia*). ¡Ra-  
fael!... ¡Oh, sí!...

ADELINA. — ¡Qué dices?

EVA. — Que sí, Adelina. ¡Que tal vez tie-  
nes razón! ¡Que tal vez Rafael sabe... algo  
de Emilio! (*Con señas*).

ADELINA. — ¡Cómo!

EVA. — Rafael, Adelina, ¡ha tenido el otro  
día ese descaró! Cuando tú has venido llo-  
raba yo por su amistad muerta... Su amistad  
de toda la vida... La sentía (*con inmensa ra-  
bia*), porque, llena de indignación por un  
amor repentino y absurdo que Rafael pro-  
curaba pintarme como una desgracia, aún  
alguna compasión le guardaba entre el des-  
precio... Pero tú me estás dando, sin querer,  
la clave de cosas inexplicables. Ahora ya sé  
lo que ese amor significa. Es el engaño de  
mi marido. Es... Carmen; cualquiera si no,  
una querida, otra mujer... ¡Y Rafael ha de  
decírmelo!

### ESCENA XIII

EVA. — ADELINA. — RAFAEL

D. FRANCISCO (*foro*).

D. FRANCISCO. — Cumplió con Dios y se  
vuelve al mundo. ¡Impaciente! ¡Me trae á la  
carrera!

RAFAEL. — Soy para el teatro un *gour-  
mand*. Me gusta verlo todo, desde el prelu-  
dio hasta lo último. (*Trae un periódico*).

D. FRANCISCO. — Pues según lo tranqui-  
las que están, llegan al segundo acto.

EVA. — Ves por tu abrigo. (*A Adelina*).  
¿Y Emilio? ¿y Oscar? Habrá que avisarlos.

D. FRANCISCO. — Que se diviertan uste-  
des. Yo prefiero la estufa en mi despacho  
Mañana á las tres. (*A Rafael*).

RAFAEL. — A las tres.

—ADELINA.— Hasta mañana, D. Francisco.  
(*Este sale derecha: Eva y Adalina, foro*).

#### ESCENA XIV

RAFAEL.—*Después Eva.*

RAFAEL.— (*Se sienta junto á la mesa de lectura*). Empezar por juego y concluir de veras... ¡Su desdén me mata! ¡Su virtud sin sombra de fingimiento como la veo por primera vez, su rebeldía y su altivez, me enloquecen!... Vanidad... ó cariño, no lo sé; pero siento que de ella se me llena el alma y que mi corazón ó mi orgullo necesitan verla vencida... ¡Esta casi extinguida raza de mujeres honradas hasta en el pensamiento, no sabe apreciar en el amor secreto más que su lado traidor... ¡Vuelve!

(*Eva por el foro, con su abrigo, que irá á ponérselo al espejo. — Rafael aparenta leer y la observa*).

RAFAEL.— (*¡No huye de mí!*) (*Pausa*).  
¡Eva!

EVA.— (*Después de arreglarse el abrigo*).  
¿Me hablabas? (*Con cierta altanería*).

RAFAEL.— Quería decirte que... si te molesta mi compañía en el teatro...

EVA.— (*Con frialdad*). Me es igual. Supondré que eres uno de esos conocidos que nada importan.

RAFAEL.— ¡Cruel! Si supieras en qué desconsuelo me deja tu menosprecio... Yo no creía que hubiese nada más terrible que la muerte de un ser querido, y lo hay: la muerte de su cariño. Horrible es ver para siempre sin luz y para siempre muda y fría, los ojos que nos acariciaron y la boca que nos sonrió; pero más horrible aún es ver en ellos trocados el afecto por la indiferencia.

EVA.— Me pediste que suavizara el rigor de mi prohibición bajo la promesa de no hablar de...

RAFAEL.— Calla ahora mi amor. Te habla el espectro de aquel amigo á quien apreciaste muchos años.

EVA.— Que no tuvo reparo en ofenderme... (*Sentándose lejos*).

RAFAEL.— Que tuvo la desdicha inmensa de no descubrir en la amistad á la pasión dominada años y años — porque la amistad entre el hombre y la mujer es el principio insensible del amor—, y que tuvo...

EVA.— Mientes. ¡La sentí por tí noble y pura!

RAFAEL.— Y que tuvo, además, la des-

gracia de que llegase tarde el azar que había de despertársela...

EVA.— (*¡Oh!*) (*Temerosa de saber á lo que Rafael alude*). ¿Y fué ese Oscar?... (*Con gran recelo*).

RAFAEL.— (*Su severidad se aplaca*). (*Con vanidosa alegría*).

EVA.— Dímelo. Quiero saberlo.

RAFAEL.— Fué... nada... Mirarte, cuando te he mirado tanto; verte sufrir, cuando tanto fuí testigo de tus penas; contemplar de improviso tu hermosura que tanto había contemplado sin verla, como sin ver la grandeza del cielo se contempla desde niño, hasta que un pesar y la majestad de cualquiera noche la descubren... ¡De noche fué también! Derramaba la azul lámpara una claridad fantástica sobre tu lecho, en el cual yacías abrasada por la fiebre, sin sentido, pálida...

EVA.— ¡Ah! (*Durante toda la escena hablará Rafael sin levantarse, con indolente tristeza*).

RAFAEL.— Extenuado Emilio de cansancio, dormitaba en la butaca á tu cabecera. Yo te velaba, y en el silencio de la habitación sólo oía tu respirar fatigoso y mi nombre y el de tu marido, que un delirio tranquilo ponía en tus labios. Te estremeciste, y me acerqué: ardías. Fija la vista en tus cerrados ojos, quedéme pensando en nuestra infancia, cuya historia de purísima ternura me parecía estar viendo escrita por mis castos besos de niño sobre tus mejillas, sobre tu frente, sobre tus pestañas de seda. ¿Por qué no darte otro igual, tan puro? Este afán sentí y te besé en la frente.

EVA.— ¡Dios mío!

RAFAEL.— Con tanto anhelo, que el estallar del beso casi despertó á tu marido.

EVA.— ¡Oh, Dios! (*Pausa*).

RAFAEL.— Sí, Eva. Yo también comprendí en seguida que nuestra infantil amistad había perdido sus derechos. Aquel beso á que yo aspiraba en nombre de sincero afecto, me supo á robo de placer; te sentí mujer, no niña; y la impresión quemante de aquel beso que ni á tí misma pude luego confesar, quedó en mi conciencia turbándola con no sé qué irresistible y secreta delectación de lo prohibido.

EVA.— ¡Qué traición del sentimiento!

RAFAEL.— Esa es la palabra: traición. Pero no del amor, sino al amor hecha por no sé qué calculos miserables. Los niños se besan porque se aman, y es bien triste que

creciendo con la edad el amor del beso, el afán de besar se convierte en crimen.

EVA.—(*Mirándole con arrogancia*). Crimen que debía estar haciéndote sentir su vergüenza junto á mí.

RAFAEL.—(*Afrontando su mirada*). No. Desde entonces, te lo juro, ya junto á tí no he vuelto á sentir más que esa material emanación de tu belleza que me rodea y me embriaga como el aroma del nardo.

EVA.—¿Y no te hiere en la conciencia el engaño á Emilio, al amigo fiel, al marido honrado? ¿No te impuso respeto ni su honor siquiera? (*Pausa*). ¡Oh, preciso es que lo tengas por un miserable como los demás, cuando no bastó á contenerte el espectáculo de nuestro hogar honesto... (*con intención*) de nuestra felicidad nunca por él turbada! (*Pausa más ligera*). Aun siendo tú un insensato y aunque yo fuera una mujer despreciable, la dignidad de Emilio debiste pensar que había de contenernos á los dos, á tí y á mí... (*Con habilidad*).

RAFAEL.—(¿Qué quiere decirme!)

EVA.—(*Con la misma intención*). Callas, porque tengo razón, porque te empequeñece la comparación con él...

RAFAEL.—(¿Cielos! ¿Quiere una disculpa, ó por qué habla así?)

EVA.—¿No es cierto? Dilo. Si mi virtud no bastase tendría siempre el escudo de su virtud.

RAFAEL.—¿De su virtud! (*Con sonrisa incrédula*).

EVA.—¿La pones en duda?

RAFAEL.—Eva... la virtud... se entiende hoy de un modo orginalísimo... (*Levántase indolentemente y se apoya en la mesa sin acercarse*).

EVA.—¿Eh?

RAFAEL.—Dejó tiempo hace el reino de los hombres, y se bate en un pequeño rincón del de las mujeres... Atrincherada en... en antiguas y deleznable murallas. Quizás de Emilio he aprendido algo de esto.

EVA.—(*Levantándose vivamente y haciendo por dominarse*). ¿Tú sabes de Emilio...?

RAFAEL.—De sus pensamientos, de su filosofía... Es pensar moderno. De sus hechos... sé que... (¡lástima que no supiese algo!)

EVA.—¿Qué sabes?

RAFAEL.—(*Inquieto, como buscando algo en su imaginación. De pronto, se acuerda del periódico que tiene en la mano*). Pues sé y —no sé más —por lo pronto ya es algo, —que no

todo su entusiasmo es para tu belleza... Atiende... (*Busca en el periódico*).

EVA.—(*Exaltadísima*). ¿Y qué es?

RAFAEL.—(*Con sonrisa y siempre fría*). Nada. El periódico que dirige tu marido. El número de esta noche. Acabo de comprarlo. (*Busca el párrafo*). «... ecceh... Notable... munch... creación... ecceh... de sprit y flexibilidad verdaderamente franceses, cuya hermosura corre parejas en su talento incomparable; resumen de la distinción y la elegancia...»

EVA.—¿Y bien?... (*Interrumpiéndole*).

RAFAEL.—(*Sin hacer caso y subrayando cada vez más*). «Criatura, en fin, predilecta de Dios, bajada al mundo para ensueños de amores ideales como encarnación misma de la poesía...»

EVA.—Pero...

RAFAEL.—Firma «Polux»... Es decir, tu marido.

EVA.—¡Oh! ¡Alguna artista!... ¡Es la frase hecha de la Prensa para el elogio!

RAFAEL.—Sí, una artista... pero no es tu marido, no es Emilio, el escritor personalísimo y original, amigo de las frases hechas... Prefiere hacerlas. Y convengamos en que ciertas frases, tan llenas de hiperbólica admiración, *se hacen*... cuando realmente vale la pena el objeto admirado. Lee, lee todo el artículo... (*Alargándole el periódico que Eva no intenta coger*). Es de punta á punta una vistosa pirotecnia con lucecitas de colores y pólvora de entusiasmo... (*Deja de alargar el periódico*). Un delicadísimo nocturno en trémolos de violonchelo para despedir á esa gentil Carmen...

EVA.—(*Con doloroso acento de convencida*). ¡Carmen!

RAFAEL.—(*Acentuando la intención de sus palabras y acercándose cautelosamente*). La actriz angelical cuyo retrato está aquí, junto al tuyo (*lo coge*), con dedicatoria de bien misteriosa sencillez, compitiendo en expresión con la tuya amante. (*Coge el de Eva*). Tú escribiste: «A Emilio, Eva»; y ella escribió: Al autor de *La Esclava*, Carmen». Dulce y sólo el nombre, sin frías protestas de amistad ni admiración. ¡Tal vez os guió la mano el mismo sentimiento!

EVA.—(*Arrebatándole el retrato de Carmen, que Rafael le muestra, lo mira; después lo arroja en su sitio y se aleja hondamente preocupada*). ¡Carmen, Carmen!

RAFAEL.—(¡Le ha hecho impresión!).

EVA.—(*De improviso*). ¿Por qué la has

nombrado? ¿Qué más sabes de Carmen?

RAFAEL. — Nada más.

EVA. — Dilo todo. (*Amenazadora*).

RAFAEL. — Pero yo sabré más si te importa.

EVA. — Esta misma noche. Me importa saber cuándo sale de Madrid... ¿Me lo dirás luego?

RAFAEL. — Te lo prometo. (*Sient llegar gente y Eva se retira preocupada*).

### ESCENA XV

EVA. — RAFAEL. — ADELINA. — *Luego* EMILIO y OSCAR.

ADELINA. — (*Foro*). A la disposición de ustedes. ¿Estorbo?... (¡Qué caras tan extrañas!).

EMILIO. — (*Apareciendo con Oscar con el sombrero en la mano*). — ¡Ea, vamos! Es tarde.

EVA. — ¿A dónde?

EMILIO. — Al teatro. (*Movimiento de Eva*). ¿No quieres ir? (¿Qué sucede aquí?).

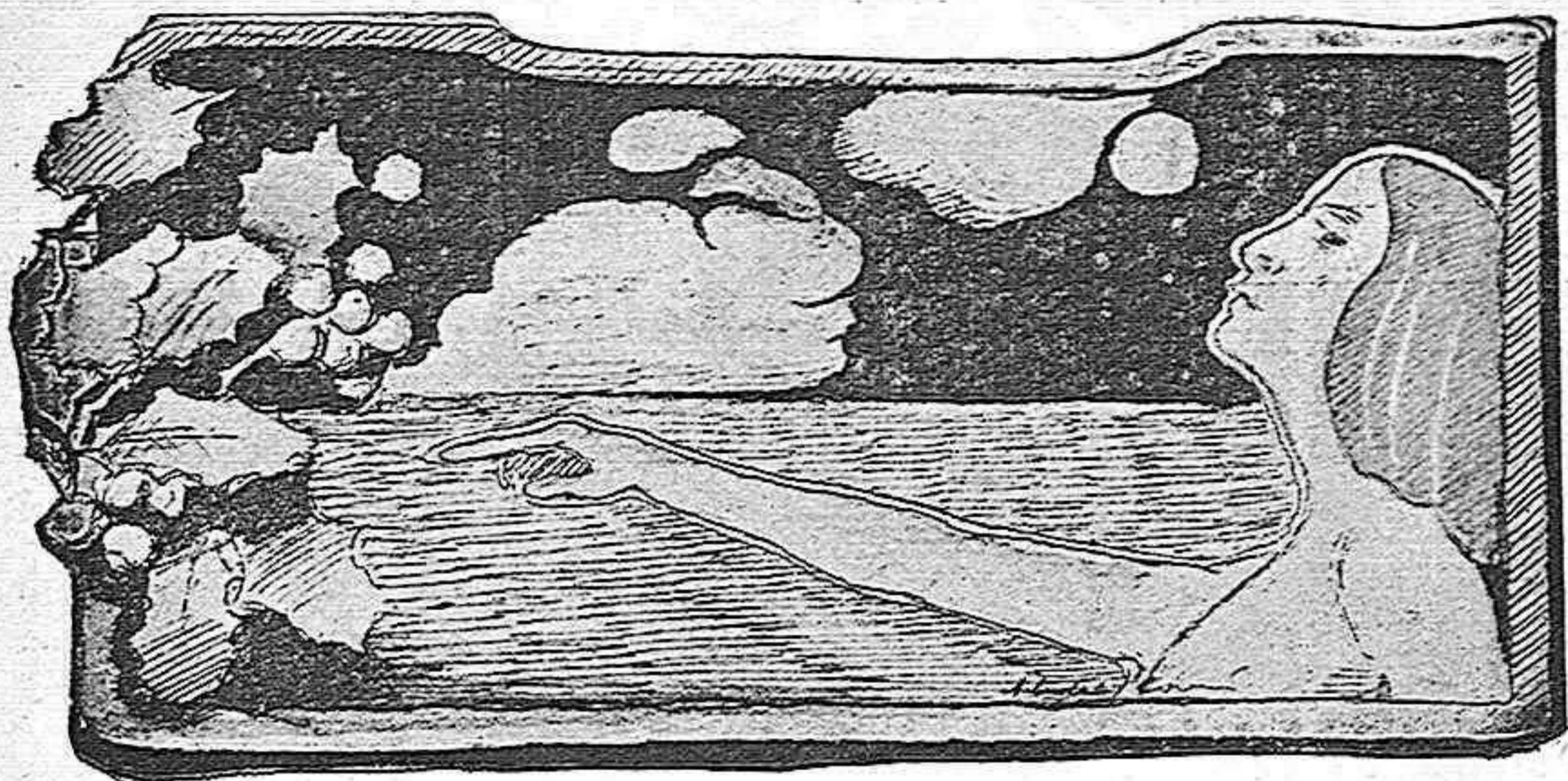
EVA. — (Allí los observaré juntos).

EMILIO. — Pareces contrariada. ¿Qué te pasa? ¿Está mal? (*Mira á Rafael con cierta curiosidad*).

EVA. — No. ¡Vamos! ¡Estoy buena! ¡Contenta, muy contenta... (*Ríe con sarcasmo y salen foro*). — *Emilio, en la puerta, no deja de observar con tenacidad á Rafael, hasta que sale también*.







## ACTO SEGUNDO

Sala. — Puertas laterales y dos al fondo.

### ESCENA PRIMERA

*Aparece vacía. Suena timbre dentro.*

D. FRANCISCO. — (*Atraviesa la escena desde la derecha á la izquierda*). ¡Antonio! ¡Lucía!... ¿Estáis durmiendo?

CRIADO. — Señor. (*Como recién despertado entrando por la izquierda*).

D. FRANCISCO. — ¿No oís que llaman? ¡Hace una hora! (*Vuelve á sonar el timbre*). (*El criado sale derecha fondo*). Las once. No es posible que haya acabado la función.

### ESCENA II

D. FRANCISCO. — OSCAR. — RAFAEL.

*Después ADELINA.*

CRIADO. — (*En el fondo*). Los señoritos. (*Entran Oscar y Rafael*).

D. FRANCISCO. — ¿Qué pasa? ¿Por qué volvéis?

OSCAR. — Su sobrina que...

D. FRANCISCO. — ¿Se ha puesto mala?

RAFAEL. — Un mareo. ¡Nada! El calor... La emoción quizá del ruidoso triunfo de su marido... con esa actriz.

OSCAR. — Se alivió en cuanto salió al aire.

RAFAEL. — Ya antes de salir estaba algo nerviosa.

OSCAR. — (Y, ó mucho me engaño ó tú acabaste de ponerla).

D. FRANCISCO. — (*A Adelina, que entra*). ¿Cómo está Eva?

ADELINA. — Bien. Ha ido á su cuarto.

D. FRANCISCO. — ¿Y Emilio?

RAFAEL. — Allá queda junto á la Terrero, bajo una lluvia de rosas. Los aplauden á rabiar.

ADELINA. — (*Aparte, mirando con disimulado desprecio á Rafael*). ¡Pobre Eva! (*Se sienta*).

D. FRANCISCO. — Conque, al fin, tendremos que convenir en que ha hecho Emilio un gran drama. (*Se sienta*).

RAFAEL. — Audaz, y, sobre todo, simpático al bello sexo. (*A Adelina*).

ADELINA. — (*Desabridamente*). Una confesión despreocupada de la tiranía del sexo fuerte.

D. FRANCISCO. — ¿Con propósito de la enmienda?

ADELINA. — De la en... ¡sí! con indudable propósito de la enmienda del autor... y de

todos los tiranos. ¿Verdad, Rafael? ¿Verdad, maridito mío?

OSCAR. — ¡Atiza!

RAFAEL. — Perdón. La tiranía, ustedes. Ejercida eternamente sobre el trono del amor. Yo no estoy conforme con Emilio.

honor, hacia el hospital; el de la deshonra, hacia el escarnio.

ADELINA. — Y, pobre ó rica, soltera ó casada, dijo usted bien, se la educa *exclusivamente para el amor*; se la hace *sensible, muy sensible*; débil, muy débil de cuerpo y de voluntad; y en seguida el hombre, que es fuerte y formó así á su *dulce compañera*...

RAFAEL. — Por el gusto de ofrecer á la debilidad caballeresco apoyo...

ADELINA. — ¡Hipócrita! La busca, la acosa, pone á su honor perpetuo cerco. Y ¡ay de la vencida! porque, ya lo dijo un francés, en una verdad como un puño: «¿Cien amantes el señor?... Muy bien. ¿Un amante la señora?... Muy mal». Y no va por tí, carísimo Oscar.

OSCAR. — Lo dicho. Este Emilio nos va á hacer de Madrid un Boston. Doctoras y sabias, y luego que nos griten: ¡Somos iguales!

RAFAEL. — ¡Qué absurdo! (*Como buscando el apoyo de D. Francisco*).

D. FRANCISCO. — Nada de eso. La lógica de la libertad. Yo os podría decir, sobre esto y contra esto, mucho. Sólo que os aburrirían como siempre mis sermones (*se levanta*) y voy á concluir mis tareas. (*Llega hasta la puerta derecha y se vuelve á decir*). ¡Pero no olvidarlo. Para salir de este ambiente de hoguera en que la libertad abrasa á la religión, y donde no se respira más que humo de justicia y cenizas de honor, hay que dejar que la libertad quemé todo lo que estorba, ó inundar el fuego con torrentes de fe hasta que de libertad no quede una chispa. Los extremos se tocan; Emilio quiere redimir á la mujer haciéndola tan libre como el hombre; yo quiero que el hombre sea tan bueno como ella. Ustedes no quieren ni una cosa ni otra: (*á Oscar y Rafael*) les va bien como ahora.

(*Concluirá*).



Ustedes que nacen para el placer..., que se educan para el sentimiento, que junto á la renegada prosa del trabajo son las flores de la vida...

ADELINA. — ¡Y el hombre, es natural, tratándose de flores!... Esta me agrada por el color, pues la cojo; aquélla por la forma, venga; la otra por el perfume, la corto también... y cada día una. Cortadas no duran más, ya se sabe.

RAFAEL. — ¡Oh, por Dios!

ADELINA. — Nada, en lo de las flores está usted menos equivocado que en lo del trono. ¡Somos unas reinas muy raras!

RAFAEL. — Absolutas. Dignas de la masculina envidia.

D. FRANCISCO. — ¡Desdichada reina!... Si llega pobre y sola á este mundo, ofrécese su jornada en dos caminos, Rafaelito: el del

En el próximo número, conclusión de la comedia de costumbres contemporáneas EVA, por Felipe Trigo.

TARIFA DE ANUNCIOS

3. <sup>a</sup> plana, $\frac{1}{2}$ id. Ptas. 36,00	4. <sup>a</sup> plana, $\frac{1}{4}$ id. Ptas. 30,00
» $\frac{1}{4}$ » » 21,00	» $\frac{1}{8}$ » » 18,00
» $\frac{1}{8}$ » » 15,00	2. <sup>a</sup> plana, línea » 3,75
» $\frac{1}{16}$ » » 9,00	Estos precios son por meses. Siendo por un semestre, ó más, se bonifica el 10 p. %.
» $\frac{1}{32}$ » » 6,00	— Includido el timbre.
4. <sup>a</sup> plana, entera » 90,00	
» $\frac{1}{2}$ » 54,00	

Obras de Felipe Trigo.

*Etiología moral.*—*La prima de mi mujer.*—*La campaña filipina.*—*Las ingenuas.*—*Socialismo individualista.*—*La sed de amar.*—*Alma en los labios.*—*Del frío al fuego.*—*La altísima.*—*El amor en la vida y en los libros.*—*El barón de Lavos (traducción del portugués).*—*La bruta.*—*La de los ojos color de uva.*

Café torrefacto marca LA ESTRELLA

MONTERA, 32, MADRID. — TELÉFONO 1.555

OBRAS DE SEBASTIÁN RODRÍGUEZ Y MARTÍN

*Diccionario Homónimo Ortográfico.* Precio: 5 pesetas.

*Rectificación é innovaciones hechas por la Real Academia Española de la Lengua en la 12.<sup>a</sup> edición de su Diccionario.* Precio: 5 pesetas.

*Historia Militar de España.* Dos tomos. Precio: 10 pesetas.

*Guía práctica del opositor á Escuelas.* Precio: 2 pesetas.

*Glorias Militares de España.* Obra dedicada á S. M. el Rey D. Alfonso XIII y, por consiguiente, sancionado el espíritu militar y patriótico que la informan, por el Cuarto militar del Rey. Precio: 2 pesetas.

*Mapa Universitario de España.* Precio: 10 pesetas. Este artístico y alegórico Mapa está iluminado á catorce tintas y en sus márgenes se contemplan alegóricas figuras de todas las carreras facultativas y los frontispicios de las diez Universidades de España y los del Ministerio de Instrucción pública y del Museo Nacional de Escultura.

Por la publicación de las dos primeras obras lexicográficas, el autor fué objeto de la más alta distinción por parte de la Real Academia Española de la Lengua y ha sido recompensado por el Gobierno á propuesta de la propia Academia.

Los pedidos se harán á la Redacción de LOS CUENTOS EXTREMEÑOS, Calvo Asensio, 9, 2.<sup>o</sup>—Madrid.

PAPELERÍA, IMPRENTA, LITOGRAFÍA  
Artículos para Oficina y Fábrica de Papel de Vasares y Confetti.

FRANCISCO LENCINA

Conde de Romanones, 3 y 5.—MADRID

CONSULTORIO DENTAL

HUMILLADERO, 2, MADRID

Avulsiones indoloras.

Dentaduras Ideales.



Balgañón y Moreno

IMPRESORES—Pelayo, 36, Madrid.

RESERVADO

PARA

LA EQUITATIVA

(COMPAÑÍA DE SEGUROS)

OBRAS EN PROSA

- Eduardo Barriobero*: Guerrero, novela, 2 pesetas.  
*Rafael López de Haro*: Dominadoras, novela, 3 pesetas.  
*Angel López Ortiz de León*: Arpegios, prosa y verso, 2 pesetas.  
*Augusto Martínez Olmedilla*: La caída de la mujer, novelas cortas, 3 pesetas.  
*Isaac Muñoz*: El libro de las victorias, 3 pesetas.  
*Fernando Ramos y Marcelino Bravo*: Alma y carne, novela, 2 pesetas.  
*Pedro de Répide*: La enamorada indiscreta, novela, 3 pesetas.  
*Salvador Rueda*: La Cópula, novela, 3 pesetas.  
*Santiago Rusiñol*: La Madre, Cigarras y hormigas, Teatro. 3,50 pesetas.  
*Felipe Sassone*: Almas de fuego, novelas cortas, 3 pesetas.  
*José de Siles*: La hija del fango, novela, 1 peseta.  
*Felipe Trigo*: La Bruta, novela, 3,50 pesetas.  
 » » El Barón de Lavos, novela de Abel Botelho, dos tomos, 6 pesetas.  
*Ramón del Valle-Inclán*: El Marqués de Bradomín, novela, 3,50 pesetas.  
*Angeles Vicente*: Teresilla, novela, 2 pesetas.  
*Ramón Villegas*: Géminis, novelas cortas, 3 pesetas.  
*Eduardo Zamacois*: Rio abajo, 3 pesetas.

OBRAS EN VERSO

- Manuel Abril*: Canciones del corazón y de la vida, 2 pesetas.  
*José Santos Chocano*: Fiat Lux, 4 pesetas.  
*Enrique Diez-Canedo*: La Visita del Sol, 2 pesetas.  
*Fernando Fortín*: La hora romántica, 2 pesetas.  
*Alfredo Gómez Jaime*: Rimas del Trópico, 3 pesetas.  
*Luis C. López*: De mi Villorrio, 2 pesetas.  
*Antonio Machado*: Soledades, Galerías, Otros poemas, 3 pesetas.  
*Manuel Machado*: Alma, Museo, Los cantares, 3 pesetas.  
*Gregorio Martínez Sierra*: La Casa de la Primavera, 3,50 pesetas.  
*Gonzalo Molina*: Rimas bohemias, 2 pesetas.  
*Tomás Morales*: Poemas de la Gloria del Amor y del Mar, 2,50 pesetas.  
*J. Ramírez Uria*: Las Leyendas de la Brisa, 2 pesetas.  
*José Pablo Rivas*: Los cantos á la aurora, 3,50 pesetas.  
*Leonardo Sherif*: Versos de Abril, 2 pesetas.  
*José de Siles*: El Diario de un poeta, 1 peseta.  
 » » Musa retozona, 1 peseta.  
*Varios autores*: La Corte de los poetas, Florilegio de Rimas modernas, 4 pesetas.  
*Francisco Villaespesa*: La tristeza de las cosas, 3 pts.  
 El Patio de los Arrayanes, 3 pesetas.  
*Antonio de Zayas*: Leyenda, 4 pesetas.

Librería de PUEYO. — Mesonero Romanos. 10. — Madrid.

LA CAMERANA

Fábrica de pastas para sopa, hielo artificial,  
 jarabes y bebidas gaseosas.

La más importante de Extremadura por su exportación, cuyos productos, por su elaboración esmerada, son los más solicitados.

García de Vinuesa y Soriano

MÉRIDA